



Gregorio Víctor Amunátegui

Don José Ignacio Zenteno

La revolución de la independencia ha producido muchos hombres eminentes; muy pocos de ellos sin embargo, quizá ninguno, cuentan la honra que ha cabido al general Zenteno de abrirse paso por el solo mérito de su persona hasta encumbrarse a los primeros puestos de la república, realizar allí los más arduos y gloriosos empeños, y descender después a la vida privada llevando consigo una reputación de habilidad y de integridad que jamás han puesto en duda ni el rencor de los partidos, ni la ingratitude del pueblo.

Las relaciones de familia, que tan poderosas eran en la colonia, prepararon el lampo brillante y rápido de los Carreras y de los jóvenes que como ellos se lanzaron en la tormenta revolucionaria. Otros ocupaban elevados empleos al tiempo en que sonó la hora de la emancipación, y se vieron echados, llenos de influencia y de prestigio, en la lucha que se abrió en seguida. No gozó Zenteno de estas ventajas. El 18 de setiembre de 1810 le encontró redactando instrumentos públicos en su oficina de escribano, y ganando allí honradamente la subsistencia propia y la de una familia numerosa de hermanos, que había quedado huérfana por la sentida muerte de su padre.

Don Antonio Zenteno, el padre común, pertenecía a una familia antigua y estimada en el país, cuyos miembros se habían dedicado a la iglesia, [180] al ejército y al comercio. Esta última profesión abrazó don Antonio, pero un contratiempo en sus negocios le redujo a admitir una oficina de escribano, que se creó para él en 1772 y que dirigió con buen nombre hasta 1803. Perdidos sus bienes de fortuna, había puesto todos sus conatos en la educación legal de su hijo don José Ignacio, cuyas prendas le hacían presentir en él un distinguido abogado y un poderoso apoyo de su vejez. El joven entró muy temprano al Colegio Carolino, y en sus aulas se distinguió desde luego por un talento precoz, un genio pensativo y observador y una imaginación singularmente vivaz.

La muerte empero de su padre hirió al joven en medio de sus tareas, y le obligó a abandonar el colegio y salir en busca de recursos para cumplir los deberes que la

situación de su familia le imponía. Muy notoria debió ser su capacidad y muy segura su honradez cuando en 1806, teniendo apenas veintiún años de edad, le vemos instalado en la oficina de su padre ejerciendo un cargo público de tal confianza. Allí, en medio de sus ocupaciones mercenarias, el joven Zenteno se entregaba al placer de los estudios, y anudando las rotas lecciones, se empeñaba en llegar al término de las aspiraciones que le había hecho despertar su padre -recibir el diploma de abogado.

Acaso ignoraba que la Providencia le había echado al mundo con más altos destinos. La voz eléctrica de emancipación comenzó por aquel tiempo a circular sacudiendo el cerebro y tocando el corazón de los hombres bien organizados. Zenteno tenía un alma muy noble para que no respondiese a este llamamiento, y de buena gana se habría dejado llevar del impulso de sus sentimientos patrióticos para tomar parte en los primeros movimientos de la revolución, si los severos deberes de su oficio no se lo hubiesen vedado. En esos movimientos no había riesgos que arrostrar, ni papel que pudiese desempeñar un hombre de posición modesta. Las altas notabilidades de la colonia eran las que estaban llamadas a dar nuevo y desusado impulso al antiguo movimiento de las cosas.

Mas no bien se dejaron oír los primeros tiros de la guerra, cuando Zenteno sintió que perdía la calma de su espíritu, y no pudo quedar tranquilo en medio de sus expedientes y protocolos. Ofreció sus servicios al gobierno y en 1813 debió ser nombrado secretario de una tercera división que iba a organizarse en Santiago a las órdenes del coronel Lastra. La división no se formó al fin, y en 1814 Zenteno obtuvo igual nombramiento para otra nueva, que a las órdenes del teniente coronel don Manuel Blanco fue levantada a toda prisa y encargada de recobrar la ciudad de Talca, ocupada entonces por tropas realistas. El secretario, sin embargo, no llegó a salir a campaña. El director Lastra, cuya confianza se había granjeado, le retuvo en Santiago para sacar mejor partido de su notable actividad; y a su lado y al del comandante general de armas don Juan Mackenna permaneció sirviendo diversas comisiones, hasta que Lastra y Mackenna cayeron [181] del poder a consecuencia de un movimiento revolucionario acaudillado por el general Carrera. Zenteno cayó con ellos también, y no sólo se vio alejado del servicio público, sino que tuvo que sufrir una prisión de breves días a que le condenó la junta gubernativa que de su propia autoridad había suplantado en la silla al depuesto director.

El funesto descalabro de Rancagua, que ocurrió en seguida, confundió a todos los partidos en una desgracia común. Una espesa hilera de emigrantes ocupaba el camino de Santiago a Mendoza: o'higginistas, carrerinos, rozistas, patriotas de todos colores iban allí envueltos unos con otros procurando a largo paso salir cuanto antes de los términos de la infortunada patria. Zenteno, cuyos modestos servicios hasta entonces no le habían granjeado una situación espectable, pasó desapercibido entre sus otros compatriotas y se encontró en Mendoza, libre de las garras enemigas, pero presa de la necesidad y aun de la miseria.

Bien pudo haberse acogido, como otros varios, al espontáneo favor con que los vecinos de Mendoza recibieron la emigración chilena; pero Zenteno no era hombre para llevar la vida de un huésped holgazán. Dando de mano al puntilloso orgullo que engendran el nacimiento y una educación literaria, se propuso ganar la vida con el trabajo de sus manos. Llamóle la atención un lugar nombrado la Estancilla, que está en el punto en que comienza cerca de Mendoza la gran pampa de Buenos Aires. Allí erigió una venta, y él se colocó detrás del mostrador. Su palabra insinuante, la afable atención que dispensaba a los que visitaban la venta, la discreción y oportunidad de sus conversaciones, el aseo y arreglo con que mantenía el mezquino ajuar del establecimiento, llamaron la atención de todos, y en breve la venta de la Estancilla fue concurrida, no sólo por los viajeros, sino por los vecinos de Mendoza, que iban a pasar allí algunos ratos de solaz. No faltó quien,

notando el contraste que se hacía sentir entre el hombre y la posición que ocupaba, o tal vez herido de ciertas excentricidades de carácter que hacían más picante su persona, llamase al ventero el filósofo, denominación que fue muy del agrado del vulgo; pero en general los concurrentes se retiraban siempre complacidos de la sagacidad con que sabía hacer tan agradable y cómodo un lugar tan pobre en sus elementos.

El general don José de San Martín, que gobernaba a la sazón la provincia, tuvo también el capricho de visitar la venta de la Estancilla para conocer al filósofo. El ojo penetrante del vencedor de San Lorenzo descubrió en el inteligente ventero el hombre de que necesitaba para realizar los grandiosos proyectos que le tenían preocupado. Sin vacilar un instante le propuso el empleo de secretario de la intendencia, que Zenteno aceptó gustoso, y desde ese momento quedó establecida entre ambos una estrecha amistad y estimación, que no fueron parte a relajar ni los contrastes de la política, ni el tiempo, ni la distancia.

Es conocida la táctica con que el general San Martín preparaba el ejército [182] con que expedicionó sobre Chile. Sus artes y sus precauciones daban a aquella empresa la apariencia de una conspiración. Ocultaba cuanto le era posible sus designios a sus más íntimos colaboradores, fraguaba falsas correspondencias que hacía llegar a Chile para hacer salir de quicio el ánimo del presidente Marcó; de ordinario engañaba a sus propias tropas con órdenes destinadas a disimular sus verdaderos planes. El secretario le acompañaba maravillosamente en estos afanes. Su cabeza fecunda en recursos, su perspicacia, el arte con que sabía conducir las cosas por caminos especiales hasta llegar a su fin, eran de grande auxilio al general; y aun el hábito adquirido de mantener en arreglo los papeles de una oficina, cuadraba muy bien en aquellas circunstancias en que se requería tanta laboriosidad, tanta habilidad como orden. Multiplicadas en gran manera las atenciones de la guerra, San Martín, de acuerdo con el gobierno de Buenos Aires, le nombró secretario especial de aquel ramo en enero de 1816, y posteriormente el 18 de diciembre del mismo año, le confirió, en recompensa de sus buenos servicios, el empleo de teniente coronel de infantería de línea, empleo que el gobierno de Chile ratificó en seguida. Sea dicho de paso, y como un testimonio de la abnegación con que los patriotas se consagraban entonces al servicio de la república, el secretario Zenteno apenas gozaba el sueldo de 25 pesos mensuales.

La expedición libertadora se movió al fin, y al atravesar los Andes hizo resonar sus cumbres con el estrépito de una gran victoria. La ciudad de Santiago fue rescatada, y ella proclamó como supremo director de la república que estaba aún por erigirse, al benemérito general O'Higgins. O'Higgins partió la tremenda responsabilidad de su nuevo puesto con el secretario Zenteno, a quien llamó a su lado encargándole el despacho del ramo de la guerra. Cualquiera podrá formarse idea de las tareas que estaban cometidas entonces a este funcionario. Crear ejércitos, armarlos, equiparlos, destinarlos; hacer brotar de la nada hombres y elementos; darles el orden y la concentración necesaria para llenar su objeto, he aquí la ocupación que absorbía casi entera la atención del gobierno. Cuatro grandes batallas, Chacabuco, Talcahuano, Cancha-Rayada y Maipo se sucedieron en el espacio de un año, consumiendo cada una de ellas gran parte de los elementos acumulados a tanta costa. La actividad del gobierno, en medio de la penuria en que el país se hallaba, debía ser muy grande, y aun cuando la república tenía un buen número de inteligentes servidores, no cabe duda que una gran parte de estos trabajos, la principal sin duda, debió recaer sobre el ministro de la guerra. La salud de hierro de que estaba dotado, le permitía en efecto dirigir su atención sobre todos los puntos, y despachar diariamente hasta la alta noche los multiplicados pedidos y exigencias que de todas partes se le hacían.

Dos meses permaneció el gobierno después de la batalla de Chacabuco evacuando las providencias que demandaba la ocupación de las provincias [183] centrales. Al cabo de ese tiempo (abril 16) el director supremo se trasladó al sud y llevó consigo al secretario Zenteno. Rudas penalidades les aguardaban allí por la resistencia obstinada de la plaza de Talcahuano, en donde el coronel Ordóñez había recogido una buena parte del roto ejército español. Asaltos, dura estrechez de un largo sitio, no bastaron para rendir la porfiada obstinación de los defensores; pero en cambio la frontera con todas sus plazas y el extenso territorio de Maule y Concepción, que había sido el arsenal del ejército realista, quedaron sometidos al poder de los independientes, y sufrieron en su régimen militar y administrativo las profundas modificaciones que hacía necesarias el cambio de su condición política. Zenteno entonces (agosto) regresó a Santiago, adonde le llamaban atenciones de un orden superior, y recobró cerca del gobierno delegado el despacho de la secretaría de la guerra, más laboriosa y más pesada que otras veces a medida del ensanche colosal que tomaban nuestras fuerzas militares. Mientras O'Higgins engrosaba el cuerpo de operaciones sobre Talcahuano, San Martín organizaba otro bajo su dirección inmediata en el campo de las Tablas. Entre los dos se llegaron a contar sobre doce mil soldados, la mayor fuerza armada de que haya dispuesto la república. En esta coyuntura llegó la noticia de que una expedición considerable, compuesta de cuerpos recién venidos de la península, se preparaba en Lima para invadir a Chile, ya por Talcahuano, ya por el puerto de San Antonio. Fue menester trazar un plan de operaciones que permitiera hacer frente a esta invasión, que tenía tan extensa costa franca para desarrollarse, y que pusiese en relación, y en estado de prestarse mutuo apoyo los dos cuerpos del ejército independiente, separados entre sí por tan larga y escabrosa distancia. Zenteno fue escogido para este encargo. Él visitó los dos campamentos, oyó a los generales, y madurando con ellos sus indicaciones, logró que se pusiesen de acuerdo para la próxima campaña que se debía abrir.

Cúpole a Zenteno por esta vez una gloria que le puede envidiar cualquiera. En medio de los azares de la invasión, que parecía formidable, el director O'Higgins quiso que la independencia nacional se proclamase solemnemente a la faz del mundo, y que los ciudadanos prestasen juramento de sostenerla con sacrificios sin tasa. El documento en que debía constar este grande acto, ese documento que era la auténtica echada en el cimiento de la nueva nación y que debe cobrar con el curso de los siglos una veneración cada vez más creciente, fue redactado por Zenteno, y sancionado con su firma; alta honra reservada a las almas fuertes que, como la suya, tuvieron resolución bastante para arrostrar las fatigas, las responsabilidades, los peligros que imponía el cargo del gobierno en aquellos solemnes momentos.

Aún le cupo otra satisfacción bien lisonjera. Él dio a la república su [184] actual pendón, ese símbolo querido de nuestra nacionalidad, a cuya vista late y se enciende de orgullo todo corazón chileno.

La expedición anunciada desembarcó en Talcahuano, y en conformidad de los planes acordados, los dos cuerpos de nuestro ejército marcharon a unirse en la ciudad de Talca. Lo serio de las circunstancias concentró en el ejército toda la vitalidad de la república. Allí también Zenteno debió hallarse presente en su carácter de secretario de la guerra, y uniendo como lo tenía de costumbre los trabajos del bufete, con las penalidades y las fatigas del soldado, hizo la campaña subsiguiente y asistió a las funciones de Cancharayada y Maipo. En medio de las cargas a la bayoneta que decidieron en esta última la suerte de Chile, Zenteno redactaba el parte de este fausto suceso, y anunciaba a los pueblos que su independencia desde aquel instante quedaba perpetuamente consolidada.

Zenteno mereció una recomendación especial en el parte detallado de la batalla que se dio más tarde, y el supremo gobierno recompensó sus servicios confiriéndole el grado de coronel y la medalla de oro de los vencedores.

La batalla de Maipo fue la pira en que se consumió todo entero el poder español. El estandarte de la independencia se paseó sin obstáculo desde el norte hasta la Araucanía, y las débiles reliquias enemigas que quedaron esparcidas en esta o aquella plaza de la frontera, fueron a buscar un asilo a la distante plaza de Valdivia, poniendo de por medio el territorio de los indígenas. No por eso, sin embargo, el afán del gobierno tuvo un momento de reposo. Su atención sobre la marcha se dirigió a la marina, y se comenzó con decisión a trabajar en los aprestos de una grande escuadra, que era de tiempo atrás el objeto de su vehemente anhelo. El coronel Zenteno vio abrirse a sus tareas un campo tan importante como desconocido y ajeno para él. Él se veía constituido en ministro de marina, y probablemente no había pisado jamás la cubierta de un buque. No por eso su ánimo se arredró, ni rehusó con frías excusas el nuevo servicio que se le exigía.

Trasladose a Valparaíso y allí, metido a bordo de diversas naves, comenzó a estudiar desde sus fundamentos el ramo que estaba encargado de dirigir. Examinó con detención las cuadernas, las costillas, todo lo que constituye la solidez del casco de un buque; se hizo cargo del velamen, de la aparente complicación del sistema de cordaje; se hizo explicar el oficio de todas las piezas, hasta el más pequeño motón, hasta la más insignificante espiga: muchas veces se le vio al rayo del sol colocado en la tabla del calafate viendo tapar con filástica la juntura de los forros. De allí pasó al orden del servicio náutico y militar, y al oficio que desempeñan en la nave las diferentes personas que la tripulan de capitán a paje. Tomó razón de los víveres que consumían, del equipo que necesitaban y del sueldo que debían gozar. Se echó al cuerpo las ordenanzas de la marina española, y quedó en breve tan inteligenciado [185] en todos estos pormenores que podía apreciar por sí, y sin el informe de oficiales prácticos los pedidos abrumadores que cada capitán de buque dirigía por momentos al gobierno. La escuadra estaba tripulada por multitud de extranjeros deseosos de correr las aventuras de la suerte, y que sin amor al servicio, ni interés patriótico por la causa que se comprometían a sostener, no perdían ocasión de demandar sin tasa ni medida, a favor de la ignorancia en que suponían a las autoridades, todo cuanto podía presentarles una oportunidad de medrar. Dícese que conociendo esto mismo el gobernador de Valparaíso, dio en decretar los pedidos concediendo sólo la mitad, y que habiendo solicitado cierto capitán un bote, recibió con extrañeza la providencia de costumbre. El ministro de marina se había puesto en aptitud de conocer y remediar estos abusos, y en cuanto lo permitía la delicadeza exquisita de las circunstancias, pudo precaver no pocas defraudaciones.

No es de este lugar narrar las proezas de la escuadra. Son conocidas de todos la toma de la María Isabel y su convoy, ocurrida en Talcahuano el 23 de octubre de 1818, seis meses después de la batalla de Maipo, bajo la dirección del contraalmirante Blanco, y las dos campañas marítimas que al mando del lord Cochrane ejecutó en seguida sobre las costas del Perú. En un breve instante las armas chilenas, triunfantes en tierra, dominaron el océano y se ostentaron potentes ante el solio de la dominación del rey de España en la metrópoli de Lima. Ciertamente que fue eso un prodigio.

Pero para tormento del ministro de guerra y marina, los triunfos del ejército y escuadra no hacían más que atraer odiosos compromisos sobre su persona. De parte de tierra, el general San Martín, arrogante y pretensioso, acosaba al gobierno con exigencias diarias. Él podía mucho como jefe de las armas argentinas, y se le debía mucho también. El ejército chileno no contaba por desgracia con ningún jefe de bastante prestigio que pudiera colocarse a su cabeza, ni en el ejército argentino, tan propenso a la insubordinación y al descontento, podía soplarse el germen de la desunión sin exponerlo

a un cataclismo. San Martín tenía que ser omnipotente dueño de la situación. -No estaba en mejor estado la marina. Lord Cochrane había traído consigo una falange de jóvenes marinos tan gallardos y apuestos como él, entre los cuales había dividido los mandos y las comisiones. La escuadra le pertenecía a él de hecho y al gobierno sólo de derecho, de ese derecho que es tan débil en tiempos de guerra. La escuadra podía mudar de bandera cuando su almirante lo ordenase, y apenas había otra garantía contra este fatal contratiempo que los caballerosos sentimientos personales de su caudillo. El gobierno intentó quebrantar en parte aquella absoluta influencia, alzaprímado a los capitanes Guise y Spri que habiendo venido al país de su cuenta propia, no pertenecían al círculo del almirante; pero sus conatos no sirvieron sino para despertar [186] emulaciones, cargos, recriminaciones y represalias de parte del almirante contra los ahijados del gobierno.

En verdad el gobierno se hallaba en la más mortificante situación en que se puede hallar gobierno alguno. Aparente dueño de un ejército de tierra formidable y de una escuadra sin rival, era en realidad esclavo de los caudillos que comandaban el uno y la otra. Para colmo de embarazos se le ocurrió a lord Cochrane tomar el mando de la expedición libertadora, y ser generalísimo de mar y tierra. La debilidad de la escuadra española en estos mares no le prestaba ocasión alguna de desplegar su potente genio, ni el servicio pasivo de la nuestra era para satisfacer ni con mucho las aspiraciones de su alma altiva. Para no sufrir un chasco en su venida a estos países, no le quedaba más partido que acometer una grande empresa y hacerse el restaurador del imperio de los Incas. San Martín por su parte miraba de tiempo atrás aquella empresa como suya y no estaba dispuesto a cederla a nadie. Los dos caudillos se hicieron pues rivales, y su ojeriza se pronunciaba en forma de quejas, renunciaciones, pretensiones y denuestos, que caían sobre el gobierno dispensador de los títulos e investiduras a cuyo favor iba a emprenderse la expedición.

Fácil es comprender que la nombradía y la pericia de uno y otro de aquellos jefes eran indispensables para el buen éxito de la empresa. Por lo mismo todo el conato del gobierno se cifraba en conservar a los dos en su servicio, y en hacerlos emprender juntos la gran cruzada de libertad que estaba preparando. ¡Figúrese cualquiera qué maña y qué sagacidad se necesitaban para aplacar las prevenciones mutuas de los dos rivales, para hacerlos dóciles a los intereses de la América sacrificando su ambición personal, para conciliar sus pretensiones, y aun para hacerles de cuando en cuando reconocer sus deberes de súbditos! El consejo no era escuchado, la autoridad no imponía, la amistad era débil ante las exigencias de la ambición y del orgullo. Ciertamente las exacciones de dinero bajo todas las formas y denominaciones imaginables, los reclutamientos y prorratas de hombres y animales, y todas las vejaciones con que la autoridad omnímoda del gobierno arrancaba a los particulares su fortuna para organizar la expedición, todo eso, decimos, era poco al lado de la pensión que imponía la malquerencia de los generales expedicionarios; y estamos en la inteligencia de que, aparte de los grandes intereses políticos que aconsejaron la expedición libertadora del Perú, más de una vez el gobierno se sintió inclinado a apurar los preparativos sólo por el deseo de verse libre de los sinsabores que su rivalidad y su petulancia le ocasionaban.

Es fama que el coronel Zenteno llevaba el peso de este negociado. Transigiendo a veces en el cumplimiento de sus propias providencias para obtener una parte, si no el todo, de lo que se quería, prestándose otras a mediaciones, estimulando a alguno por aquí, y retirando a otro por allá, logró mantener las cosas en un razonable equilibrio, y aun consiguió al [187] fin que el orgulloso marino, tascando el freno de la obediencia, marchase a las órdenes de su rival. La expedición fue lanzada sobre las costas del Perú, y allá fue a estallar la tempestad.

Con la salida de la expedición libertadora cambió de escena la república. A las armas sucedió la política, a los ejércitos las convenciones, a los aplausos de la victoria las murmuraciones de los descontentos. Nuevos ministros, que pretendían corresponder a las exigencias de la nueva situación, entraron a tomar parte en la dirección de los negocios públicos, y entre ellos figuró muy en gran manera el de hacienda don José A. Rodríguez Aldea, que tomó posesión de su puesto el 2 de mayo de 1820.

Rodríguez era un hombre de mucho ingenio y maña, adornado de una vasta instrucción legal, que hacía extensiva al derecho público y a otros ramos del saber humano. Aunque se había mantenido siempre ajeno de los negocios de hacienda que el director le confiara, supo hacer frente a las serias dificultades de la situación, reglamentó el servicio y tomó providencias que si no le acreditaban de un profundo financista, por lo menos sostenían justamente su reputación de hombre hábil. Pero Rodríguez había figurado hasta entonces en el bando realista, en donde había gozado de influencia y ejercido cargos de importancia: su nombre no tenía las simpatías de la opinión, y con razón o sin ella diose en murmurar con harta acritud de su conducta funcionaria, culpándole de manejos poco delicados con los intereses del fisco y hasta de prevaricatos.

El ministro de la guerra no pudo jamás entenderse con su colega. Sea que los separasen instintivamente las condiciones del carácter personal, o las tendencias de los opuestos bandos a que habían pertenecido; sea que cada uno reconociese en su colega la capacidad y el deseo de preponderar en el ánimo del director supremo, ello es que ambos dieron en mirarse de reojo y acabaron al fin por hacerse abiertamente la guerra. Por un momento Zenteno llegó a prevalecer, habiendo sido separado Rodríguez del ministerio (14 de setiembre de 1821) con el pretexto de una misión diplomática cerca del gobierno del Perú; pero este triunfo fue efímero; el mismo Zenteno tuvo que retirarse de los consejos del director (8 de octubre) y ceder la victoria a su rival, que, no habiéndose movido de Santiago, recobró sobre la marcha su puesto. Del mismo modo que su competidor lo había hecho anteriormente, Zenteno se retiró conservando el título de ministro de la guerra, y fue a servir la gobernatura política y militar de Valparaíso, a la cual estaba anexa la comandancia general del departamento de marina.

¿Cuál fue la causa de esta separación dorada? ¿Fue nada más que la rivalidad personal con el ministro de hacienda motivada por pretensiones de dominar sobre el ánimo del director? ¿Fue desagrado por los manejos que se atribuían a aquel colega? ¿Fue desacuerdo de principios políticos sobre el curso que debía darse a la administración pública? Este punto ha quedado [188] envuelto en las sombras del misterio, y no hemos encontrado quién nos dé razón de las íntimas agitaciones que perturbaron el ministerio del director O'Higgins en la época a que nos referimos. Tal vez todas aquellas causas concurrieron simultáneamente; tal vez preponderó una sola.

El contratiempo experimentado por Zenteno, si bien le separó de los consejos, no le privó del afecto personal del director O'Higgins. Este le había conferido el empleo de coronel efectivo de infantería el 17 de junio de 1820, en los momentos de zarpar la expedición libertadora del Perú, a cuya creación había contribuido en tan gran manera, y poco después de su separación del ministerio, el 13 de abril de 1822, le confirió el de brigadier, último puesto de la escala militar a que alcanzó en su vida. El general San Martín, constituido en el rango de protector del Perú, le condecoró también por el mismo tiempo con el diploma de benemérito de la Orden del Sol, declarándole acreedor al reconocimiento de la patria y de la posteridad. Ya de antemano gozaba, en materia de distinciones honoríficas, la condecoración de mayor oficial de la Legión de Mérito, creada por el gobierno de O'Higgins en 1817 para premiar a los esforzados patriotas que habían cooperado eficazmente a la restauración de la república. Bellas distinciones que

el tiempo y las ideas han hecho caer en olvido, pero que entonces marcaban el valimiento de las personas que las obtenían.

Es excusado decir que en su gobierno de Valparaíso, Zenteno desplegó las dotes de un inteligente y celoso administrador. Muchas mejoras materiales le debió aquella población, entre ellas la calle nueva que se abrió a sus instancias y que hoy figura en primera línea. Su discreción y afables maneras le granjearon la estimación de todos los vecinos; y su prescindencia de la política del gobierno, entonces blanco de un general disgusto, le atrajo de tal modo el aprecio público, que habiendo ocurrido la deposición del director O'Higgins, el pueblo de Valparaíso, reunido en cabildo abierto, reasumió la soberanía y se dio un gobernador. Este gobernador, tan del agrado del pueblo, fue el mismo general Zenteno. La junta gubernativa que había tomado las riendas del estado, tuvo a bien ratificar este nombramiento en una nota que nos sentimos inclinados a reproducir. Dice así: «Ministerio de gobierno. -La junta gubernativa me ordena exponer a U. S. que la más sublime recompensa que pueden recibir los servicios de un magistrado, es la confianza y agradecimiento de los pueblos; y que en la aclamación que para jefe político y militar de Valparaíso hicieron sus habitantes en la noche del 29 último, mira S. E. un homenaje rendido al mérito de U. S. Su Excelencia no solo ratifica este nombramiento, sino que añade el de comandante general del departamento de marina con todas las atribuciones y facultades que haya U. S. ejercido hasta aquí. Al significar a U. S. estos sentimientos de la junta gubernativa, tengo la satisfacción de felicitarle por el testimonio de gloria que ha recibido U. S., y ofrecerle las seguridades de mi [189] consideración. -Dios guarde a U. S. muchos años. -Santiago, febrero 3 de 1823. -Mariano de Egaña.»

No fue tan grata la permanencia de Zenteno a las administraciones que sucedieron a la junta gubernativa. Los partidos comenzaron a fermentar en Chile, y tuvieron en breve tiempo un desarrollo bastante para producir escenas escandalosas, para trastornar el natural buen criterio de la sociedad, y sumergir el gobierno y la república en un dédalo de confusiones y de intrigas de que la historia todavía no ha dado cuenta. -Tampoco Zenteno estaba muy satisfecho de la marcha de las cosas. Hombre de autoridad, ministro de gobierno en una época en que la plenitud del poder concedida al director supremo había permitido ejecutar maravillas, él no podía ver sin dolor la inestabilidad de las cosas, el cambio casi diario de ministros, de planes y de tendencias que se operaba en torno del director Freire, las asonadas que resolvían los más graves asuntos de estado, el desprestigio en fin de esa autoridad que bien dirigida era en su concepto la única esperanza de la república. Con tales antecedentes era fácil prever que no estaba distante el momento en que el gobernador de Valparaíso, cediendo al movimiento convulsivo que sacudía la república, dejase vacante aquella importante pieza de la administración.

Un suceso a la vez político y económico vino a producir aquel resultado. El gobierno, deseoso de reprimir el contrabando y regularizar la marcha del comercio en Valparaíso, expidió diversos decretos muy mal acordados que produjeron una gran fermentación entre los vecinos de aquel puerto. El desagrado del vecindario había sido preparado y atizado por diversos incidentes, que en aquella época de libertad, hirieron profundamente las fibras de los ciudadanos. Resolviose pues hacer una gran junta popular y elevar al congreso una vigorosa representación, que envolvía agrias quejas contra el ministerio. El gobernador de acuerdo con los vecinos, y adicto a su causa, no se curó de poner coto al movimiento. El congreso a la sazón era compuesto de los diputados de la provincia de Santiago, en que predominaban por el número y la influencia los más decididos partidarios del depuesto director O'Higgins. Inútil es decir que el congreso y el presidente de la república se hallaron desde luego en abierta

contradicción, y que no pudiendo subsistir el uno al frente del otro, ponía cada cual en juego todos sus recursos para echar por tierra a su adversario. La representación del pueblo de Valparaíso encontró naturalmente la más decidida protección en el congreso, el que requirió al presidente de la república para que se abstuviese de proceder contra los peticionarios. El presidente, que había destacado una división militar sobre aquel puerto a las órdenes del general Borgoño, no se sintió dispuesto a acceder del mejor grado. Siguiéronse agrias recriminaciones: el congreso creyéndose desobedecido, hizo concurrir a las autoridades civiles, eclesiásticas y militares para que le jurasen obediencia, y habiéndose retirado de la ciudad el presidente, declaró vacante su puesto [190] y procedió a elegir sucesor; pero el presidente regresó en breve al frente de buenas tropas, disolvió el congreso, desterró a sus miembros principales, apaciguó la inquietud de Valparaíso, y envió fuera del país a su complaciente gobernador. Zenteno, previendo este lance, se había asilado a bordo de la fragata de S. M. B. Britton, y ahí recibió obligantes testimonios de adhesión del cabildo y del pueblo que había gobernado con general satisfacción por espacio de cinco años.

La vida pública de Zenteno termina aquí. Si al cabo de tres años de expatriación volvió a Chile habiendo logrado previamente que un consejo de guerra solicitado por él juzgase de su conducta en la agitación de Valparaíso, y le diese una completa absolución, no fue para tomar parte en las contiendas que tenían agitada la república.

Zenteno no era de esos hombres en quienes el pecho hierve por ambición de mandos y de honores. Patriota sincero, se ofrecía decidido en los lances críticos en que el cálculo de las probabilidades hiela el corazón de los más. Cuando había en la arena multitud de aspirantes que pretendían dirigir la república ya salvada, y se figuraban allá en sus dorados sueños adquirir prestigio y gloria en contiendas de palabras contra hermanos, entonces Zenteno apartaba su vista con desdén y se iba a recoger en el secreto de la vida privada. Modesto por carácter, excusaba cuanto le era posible poner en juego su personalidad, y aun creía que los hombres que se habían preparado para las rudas tareas de la guerra de la independencia, debían ceder su puesto a los que tuviesen la misión de organizar y formular las instituciones de la república. Por eso fue que no tomó compromiso en la revolución de 1829 y 1830, y que, a imitación de aquellos antiguos próceres de Roma, fue a consagrar sus fuerzas al cultivo del campo.

Pobre y reducido fue su negocio. El antiguo ministro del tiempo de los secuestros y de las confiscaciones; el hombre de influencia que gozando de todos los favores del poder atravesó una época de extorsiones, de dilapidaciones y de desórdenes financieros, apenas tenía como establecerse de arrendatario en un fundito a las inmediateces de la capital. Allí reconcentró sus aspiraciones y se abrió un nuevo porvenir. Su familia, que comenzaba ya a demandar sus cuidados, ocupó el lugar del servicio público que hasta entonces había preocupado su atención.

Sin embargo, un hombre de la importancia de Zenteno no podía mantenerse separado totalmente de los intereses públicos. En los momentos en que la revolución triunfante de 1829 se instalaba en el lugar de las autoridades depuestas, el congreso de plenipotenciarios llamó a los jefes y autoridades de diversos órdenes para que le prestasen obediencia. Muchos rehusaron su adhesión, y fueron separados de sus destinos y dados de baja de sus grados militares. Zenteno no fue de este número. Él reconoció el congreso, y dio a conocer así ese ojo certero y práctico que entiende el curso de las cosas, y que acepta de antemano en bien de la paz pública los hechos [191] que han de consumarse más tarde a despecho de la resistencia de los unos y de la malquerencia de los otros.

El gobierno le llamó poco después (abril de 1831) a desempeñar la comandancia general de armas e inspección general del ejército, empleo que ejerció dos años.

Fue nombrado miembro de una comisión encargada de arreglar la contabilidad del ejército, y después, de otra que tenía por objeto formar un reglamento de la guardia nacional, institución que naciendo en Chile sobre bases peculiarísimas, no se sabe todavía a qué interés responde.

La sociedad de agricultura le contó entre sus miembros fundadores, habiendo dirigido por algún tiempo como presidente la sección de policía rural y legislación agrícola. Constituida la universidad de Chile, recibió el diploma de miembro de la facultad de leyes y ciencias políticas.

Fue también nombrado ministro de la corte de apelaciones en sala marcial, y ejerció este destino hasta su fallecimiento.

Finalmente, los departamentos de Santiago y la Victoria unidos le nombraron diputado al congreso nacional para el trienio que comenzó en junio de 1846, y la cámara le colocó en la mesa directora de sus trabajos con el título de vicepresidente.

En todas estas comisiones Zenteno mostró aquel pulso que aprecia con profunda exactitud la materia que le está sometida. Él tenía algo de original en sus vistas como hombre acostumbrado a pensar por sí y a leer en el gran libro de la naturaleza. Su palabra era lenta; pero salía preñada de sentido y refulgente por la fuerza de la imagen. Nunca pudo decirse que su intervención era estéril, cualquiera que fuese el asunto sobre que se le llamase a discurrir. En la cámara misma, para la cual no estaba preparado, el peso de su voto daba prestigio a la cuestión y alentaba a los sostenedores de la causa a que se adhería. Decimos que no estaba preparado para el parlamento, porque en efecto él era más bien para el consejo que para la tribuna; pero no había materia que se sometiese al examen de la legislatura, de la cual no fuese dueño, y ¡cosa extraña! se le oía discurrir con magistral acierto en la formación del reglamento interior de la cámara, encomendado a una comisión de que fue presidente y en que se daban reglas sobre la dirección de los debates, y el curso intrincado de las indicaciones y de las enmiendas. ¿Se quiere conocer en Zenteno al hombre íntimo, al hombre privado? En cuanto es dado a la historia tocar esta materia vedada a sus investigaciones, nosotros que le tratamos amigablemente en sus años postreros, podemos afirmar que el aprecio que inspiraba su persona se fortalecía cada vez más por el conocimiento de sus prendas morales. Ningún sentimiento odioso abrigaba su corazón contra aquellos que había tenido que combatir durante su vida pública. Él juzgaba de los hombres y de las cosas como [192] si pertenecieran a una época que no fuera la suya. Consecuente en sus amistades, era solícito en cultivarlas y en prestar a todo el mundo las atenciones que la sociedad prescribe. Alguna vez estuvo en nuestro poder un diario confidencial que tenía la extraña ocurrencia de llevar, y en que anotaba las obras del día, los resultados y operaciones de sus negocios, y hasta las más tenues emociones de su alma. Perdónenos su sombra si arrancamos dos páginas de este libro secreto, y traicionamos su deseo revelando lo que él pensó tener siempre oculto; pero dos notas que tomamos entonces al acaso y que conservamos por casualidad, hablan tan elocuentemente a nuestro propósito, que no podemos resistir a la tentación de transcribirlas.

«Octubre 25 de 1839. -Asistí al entierro de mi condiscípulo don Carlos Rodríguez. ¡Qué Dios haya perdonado sus culpas, como suplico a su Divina Majestad se digne perdonar las mías! Jóvenes en un tiempo, arrojados impetuosamente en medio de una revolución política, ¡cuántos errores, cuántos crímenes acaso habremos cometido! Dios tenga misericordia de nosotros. Tibi soli pecavi et malum coram te feci. -Mas- secundum magnam misericordiam tuam dele iniquitatem meam.»

«Abril 14 de 1842. -Fui a la ciudad a reparar un destrozo de carretas: la del vecino N. rindió el eje de la calle; se tomó otra prestada, y a poco andar le sucedió lo mismo. ¡Castigo justo de mi imprudencia! Demasiado sabía que nuestras carretas (las comunes

al menos) no aguantan el peso que les he puesto, es decir, el de treinta a treinta y siete quintales; pero lo hice por el miserable ahorro del costo de unos cuantos viajes. Siempre tengo en boca la máxima de que lo barato sale caro; pero en su aplicación la olvido las más veces. Así es como en la práctica nos burlamos de nosotros mismos contradiciendo nuestras buenas teorías. Hablamos como filósofos y obramos generalmente como brutos. Este es el hombre. ¿No habrá algún remedio para este mal? Sí; el de una educación severa y esmeradamente filosófica.»

¡Cuánta filosofía, cuánta bondad, cuánta profundidad encierran estas palabras!

La república tenía en el general Zenteno uno de sus más leales e inteligentes servidores, un pensador profundo, uno de sus más puros y eminentes ciudadanos. Dios le llamó a sus puertas a la edad de 62 años, y él, lleno de una resignación religiosa que ejemplarizaba, le entregó su alma el 16 de julio de 1847.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo